

JHON NARVÁEZ
UN PÁJARO EN GETSEMANÍ
SOY GETSEMANÍ - PÁGS 2,3

Nº2
CARTAGENA - COLOMBIA
NOVIEMBRE 2018
ELGETSEMANICENSE.COM

LA CARTAGENA DE
GASTÓN LELARGE
VISUAL-MENTE - PÁG 8,9

EL
GETSEMANICENSE

JHON NARVÁEZ,

un pájaro en Getsemaní

Por años tuvo una de las mejores vistas de Cartagena. Al despertar, apenas tenía que levantar un poco la cabeza, sin salir de la cama, y podía ver en la mismísima Torre del Reloj qué horas eran. No necesitaba un despertador. El cuarto estaba desvencijado y las goteras se destapaban inesperadas con cualquier aguacero. Pero era lindo vivir ahí. Un paraíso frágil tres pisos arriba de Quiebracanto, con el Camellón de los Mártires al frente, la magnífica cúpula de San Pedro y las calles de Getsemaní a unos tramos de escalera.

Jhon Narváez vivió allí por nueve años en dos temporadas, pero su relación vital con Getsemaní ha sido de mucho más tiempo y mucho más profunda. Las huellas que su gestión cultural y social ha dejado, quizás pasan desapercibidas para la mayoría. Pero ahí están: plasmadas en las calles y en ciertos recuerdos e ideas que siguen circulando, que hacen parte de la tradición crítica del barrio y orgullosa de sus raíces y de su recorrido histórico.

EL CINE DE LAS MIL PERSONAS

“Antes de todo estaban los cines. De niño vi mis primeras películas allí. Por ejemplo, aquel *Batman* con Jack Nicholson haciendo de Guasón. Años después, vi muchísimas películas más porque existían los martes de cine y las filas eran interminables. El teatro Cartagena era tan grande que le cabían, no sé, como mil personas. El Calamarí era más pequeño, más íntimo. Era en el que pasaban las películas independientes. En esas salas empecé a interesarme más por el cine, que se convirtió en esa vocación mía, tanto que terminé estudiándolo y luego actuando frente a las cámaras”.

QUIEBRACANTO, LLUEVE QUE LLUEVE

“Cuando estudiaba Literatura en la Universidad de Cartagena por allá en 1995 nuestro sitio de rumba los viernes y algunos sábados era Quiebracanto. Era el lugar obligado para bailar salsa de toda la facultad de Ciencias Sociales y Humanas. Con total certeza, al menos de mi grupo de amigos. De pronto me tomaba una cerveza con el patrocinio de mis papás, pero no era muy tomador. Era perfecto para venir a bailar”.

“Alguna vez nos cogió la luz del día porque llovía tanto que no había manera de salir; afuera llovía y dentro bailábamos. Pusieron esa canción que dice “que llueve y yo sigo cantando” y nosotros vimos cómo amanecía, llovía, se llenaba el agua desde el balcón. ¿Te acuerdas que en los años 90 o sea, hace mucho tiempo, había unos muchachos que vendían café y pan con mantequilla y queso? Pues uno de esos logró llegar en medio del aguacero y ese día desayunamos ahí, arriba en el bar, ya con la luz del sol”.

“Años después —te estoy hablando de bastante luego— en el cine club del tercer piso los de Quiebracanto abrieron un espacio y nosotros inventamos la Noche Corta. Por supuesto, cortometrajes, a veces con los mismos realizadores o simplemente un ciclo especial dedicado a un tema”.

EL EDIFICIO PUERTA DEL SOL

“Y al fin terminé viviendo en el quinto piso del Quiebracanto. En dos épocas: antes y después de lo de maestría en Cuba y un tiempo que viví en Brasil y en Perú. Cuando vuelvo de todo eso encontramos aquí (*Jhon señala la pared entre La Caponera y la puerta de ingreso a Quiebracanto*) un aviso de madera que decía que se alquilaba el quinto piso, y volvimos a vivir ahí hasta el 2016.

“Yo veía la hora en el reloj público en la mañana desde mi cama. Esa es la mejor vista de toda la ciudad. Tú estabas ahí y al frente está el Centro, el Camellón de los Mártires y el muelle. Tienes todo Getsemaní al pie y el Centro es tu vista principal. Pero como vivíamos en el último piso cuando llovía, padecíamos de todas las goteras”.

PLAZA DE LA TRINIDAD: UN CINE CLUB AL AIRE LIBRE

“Yo volví en diciembre del 2008, y visitaba mucho la Plaza de la Trinidad, que estaba resurgiendo como un lugar clave. Me encontré con Carmelo Hernández, el presidente de la Junta de Acción Comunal y yo le decía que aquí estaba todo por hacer. Ahí él salió con el cuento de que siempre había querido proyectar películas en la Plaza de la Trinidad”.

“¿Y por qué no lo has hecho?”, le pregunté. Al final resultó que lo tenía todo a la mano para intentarlo pero faltaba un poco de gestión. Ahí entre yo, que venía de estudiar una maestría en cine en la Escuela de San Antonio de los Baños, la que Gabo ayudó a fundar cerca de La Habana”.

“Necesitábamos un proyector y la Casa Colombo Alemana lo pres-
taba; ¿el sonido? la Alianza Colombo Francesa tenía; ¿y unas sillas? la iglesia ayudaba... realmente teníamos todo pero faltaba determinación y eso fue lo que traje”.

“El cine club se llamaba Michael Jackson, porque él se acababa de morir. Poníamos videos suyos, venían todos los niños del barrio porque se enteraron que él existía el día que murió. Llegaban las abuelas y los policías que estaban aquí en la calle San Antonio y esto se llenaba. Primero poníamos un video para llamar la atención y luego una película de interés familiar. Aquello duró más o menos un año”.

PEDRO ROMERO Y LA CALLE DE LA SIERPE

“Yo andaba en Bogotá, en el Museo Nacional en una exposición de héroes de la Independencia: el famoso cuadro de Bolívar, los españoles, los criollos, etc”.

“En un rincón encuentro un marco vacío con un nombre escrito: Pedro Romero. Para mí eso fue un *shock* porque por el trabajo de Alfonso Múnera y todos los historiadores revisionistas yo sabía que Pedro Romero había desempeñado un rol fundamental para la Independencia; ahí estaban la avenida Pedro Romero y el Plan de Emergencia Pedro Romero. La ciudad había empezado a vislumbrar y a reconocer su papel en la Independencia y todos los acontecimientos alrededor del 11 de noviembre. ¡Pero no tenía un retrato!”.

“Cuando veo ese marco vacío le pregunto a la chica del museo y me dijo: —nos cansamos de buscar una imagen para Pedro Romero y nadie de esa época lo pintó— me respondió ella. Yo me pregunté: ¿Pero cómo así? Si todos esos personajes que están ahí son contemporáneos a Pedro Romero. No es que él haya vivido antes”.

“Era absurdo que no tuviera retrato, si esto era en la época de Bolívar, de Santander y a la gente la dibujaban sobre todo si había hecho algo importante. Aquello me conmovió porque era la evidencia definitiva de la crisis de representación tan bárbara que vivimos los cartageneros: esto de que a nosotros nadie nos representa ni a nivel de imagen, ni a nivel político, es lo más grave. Eso fue lo que sentí de manera tan contundente cuando vi el marco vacío.

“Regresé de Bogotá todo loco con esta idea y al mismo tiempo llegaron de Europa unos amigos: Rodrigo Mendoza, Eliana Sobrino y Antonio Palacio ‘*el Cosmonauta*’. Acordamos convidar a artistas plásticos, grafiteros que se atrevieran a pintar a Pedro Romero como quisieran y llegó mucha gente a pintar su Pedro Romero, el que les naciera”.

“Esto era un ejercicio de justicia simbólica pacífica. La actividad se llamó Pedro Romero Vive Aquí y ahí empezó el movimiento. Primero



CANNES, OSCAR, LA NIÑA EMILIA

En *Pájaros de Verano*, Jhon encarnó a Moisés, el mejor amigo de Rapayet, el protagonista masculino. La película está ambientada en la Guajira de los años sesenta a los ochenta. Narra la bonanza marimbera desde la perspectiva de una familia wayúu. Abrió la edición No. 50 de la Quincena de Directores en el Festival de Cannes de 2018 y representará a Colombia en la 91ª edición de los Premios Óscar en la categoría Mejor película de habla no inglesa.

Unos meses antes había sido parte del gran éxito de TeleCaribe en 2017: *Déjala morir*, la novela sobre la Niña Emilia, la popular cantante de bullerengue. Allí hizo el papel de Nadín, uno de los hijos de la protagonista.

EL HIMNO, CAPITÁN CARTAGENA

Como realizador, Jhon estuvo detrás del video del himno de Cartagena que en su momento le encargó la Alcaldía al proyecto Pedro Romero Vive Aquí. **Obviamente no íbamos a hacer lo mismo de siempre de coches de caballos, balcones de flores y las calles más bonitas del Centro. Hicimos algo muy popular, de caras cartageneras de los barrios. Los dos niños protagonistas son getsemaní-censes. ¿De dónde más iban a ser?, dice Jhon.**

Su trabajo como gestor y activista social ha tenido otros desarrollos. Quizás el más singular sea El Capitán Cartagena, que nació en Getsemaní pero le habla a toda la ciudad.

“La primera vez que me coloqué la bolsa de basura, el antifaz y las botas fue para una fiesta de disfraces en el hostel Media Luna, el 31 de octubre del 2011 o 2012. Al otro día discutían en el Concejo (en la calle del Arsenal) sobre el presupuesto de cultura, que en la práctica es casi inexistente. De ahí me sacaron porque no estaba vestido para estar en un lugar honorable”.

Y a partir de eso nace el Capitán Cartagena: un súper héroe ciudadano que envía mensajes para crear conciencia. Sus campañas más representativas han sido **“Quiere a tu prójimo más que al extranjero; Luce tu pelo rucho; Prohibido Votar basura; El Capitán Cartagena eres tú”.**





fue en la Sierpe, luego lo hicimos en toda la ciudad y se llamó Ocupación Pacífica, que consistía en sacar el arte a la calle y al espacio público”.

Todo esto estaba lleno. (mientras cuenta todo esto, Jhon va mostrando los vestigios de aquella intervención colectiva, señalando en las paredes de La Sierpe y recordando los nombres de los creadores de cada una: Carlos Agamez, Marcel Reyes o Rafael Dussan, entre muchos otros). Si el artista veía una puerta o ventana sellada, ahí pintaba. Lo hicimos dos años, en 2010 y 2011.

Un día, tiempo después me llamaron y me dijeron: oye están pintando acá encima tienes que venir y yo les decía: no, compadre, el arte callejero es así en todo el mundo. Lo segundo es que yo no tendría por qué venir a defender lo que es de todos, porque a partir de lo que se hizo eso se convirtió en algo patrimonial.

“Aquí en La Sierpe esto era casi un basurero. Cuando la acción de Pedro Romero vino aquí, empezó a cambiar la cara de la calle. Era el tiempo en que a Getsemaní no había llegado tan contundente lo de la gentrificación. Tú sabes que aquí ese proceso se ha dado más rápido que en otras ciudades: en quince o veinte años hemos vivido lo que en Barcelona tomó cincuenta.

Así y todo, el tema encontró bastante resistencia en el barrio. Entonces dijimos vamos a pintar la calle pero quiero que recuerden cómo era esto antes”.

LA RUTA DE LA INDEPENDENCIA

“Carmelo Hernández me contó que eso era algo teatral, alguien se disfrazaba de Pedro Romero y todo era muy simple. Nosotros buscamos a un voluntario que lo representara”. “Ese personaje salía de la Plaza del Pozo y llamaba en cada puerta para que lo acompañaran a reclamar la Independencia, aquí era un punto principal. Después la Sierpe, que en teoría llega hasta el edificio Puerta del Sol, luego atravesamos el Camellón de los Mártires, la Plaza de la Paz y entramos al Centro Histórico hasta la Plaza de la Proclamación”.

Justamente en eso tiene de crucial Getsemaní; ser tan popular cerca del Centro que es la postal de Colombia, con sus callejuelas, farolitos y la carroza de caballos, pero al mismo tiempo tan elitista... y a una cuadra está Getsemaní resistiendo en lo popular, ese símbolo del resto de la ciudad más allá de las murallas.

“Se hizo un par de veces. Después de que dejé de empujar el tema no se hizo más. El primer Pedro Romero fue un getsemanicense del Callejón Ancho que ahora vive en Chile. Luego queríamos que fuera su papá pero el día de la salida se escondió, le dio pánico”.

CHAMPETÚ EN GETSEMANÍ

“En diciembre de 2015 nació la fiesta Champetú. La hicimos por primera vez en la calle Segunda de Badillo en una azotea. La propusimos como un espacio de baile y resistencia en el Centro Histórico. Lo que empezamos a hacer con esa fiesta fue darle un espacio al local para que bailara champeta y, en segundo lugar, al turista. La tercera vez la realicé aquí, en el bar Los Carpinteros. La gente dijo: —¡Uy, aquí es!—. Como es una fiesta itinerante estuvimos aquí cuatro veces, tiempo después volvimos, pero ya se nos quedaba pequeña para Champetú. También, varias veces en el hostel de la Media Luna, entre ellas una de disfraces fantástica”.

LA CIUDAD MÁS POPULAR DEL CARIBE

“Cartagena es la ciudad más popular del Caribe”, eso dijo una profesora. Tú mencionas eso y creen que estás hablando de lo popular en el sentido de conocida. En el mundo hay gente que no sabe que Colombia existe, pero sí han escuchado sobre Cartagena. Yo no me refiero a eso”.

“Ella lo decía en el sentido de lo popular como lo que es del pueblo. No sé si con orgullo, pero somos auténticamente populares: andamos en chancas, gritamos en la calle, sacamos el equipo de sonido, bailamos en la puerta, somos muy populares, nos gusta el mercado de Bazurto”.

“Todavía está la carreta, le tiras la chancleta al pelao cuando se porta mal. Somos muy auténticamente populares. Justamente en eso tiene de crucial Getsemaní; ser tan popular cerca del Centro que es la postal de Colombia, con sus callejuelas, farolitos y la carroza de caballos, pero al mismo tiempo tan elitista... y a una cuadra está Getsemaní resistiendo en lo popular, ese símbolo del resto de la ciudad más allá de las murallas”.

¡A COMER FRITO EN GETSEMANÍ!

Habrà un plan más cartagenero que comer fritos en las esquinas? No solo es delicioso, sino una herencia viva de la cocina africana. En Getsemaní, por ejemplo, hay dos fritangueras raizales que complacen los paladares propios y de afuera. Dos familias que mantienen viva una tradición.

NERIS ARIZA está afanada organizando su venta de fritos. Son las cuatro de la tarde y los clientes están llegando: “¿A la orden? ¿Patacón con qué?”, les pregunta a los que esperan frente de la vitrina donde exhibe las delicias del día: costillas de cerdo, chorizo, salchichón o queso, los acompañantes de su majestad: el patacón.

Ariza se acomoda la pañoleta de la cabeza y se limpia las manos en el delantal para entregar los pedidos. Quizás este punto gastronómico no tenga estrellas Michelin, pero con su sombrilla roja, y algunas sillas azules -ocupadas por personas que esperan su turno- hace parte de la memoria del sabor del barrio y de Cartagena, tanto por la buena sazón como por los muchos años de presencia en la zona.

“Tenemos como 30 años de estar aquí, siempre en este punto. Iniciamos con una mesita de perros calientes, después pusimos arepitas de pollo y asados. Ahora estamos con los fritos: puro patacón, sácharron, salchichón, queso, chorizo, costillas de cerdo y los sábados también hacemos arepa con huevo, buñuelo, papa y otros fritos.

Su ubicación, en el cruce entre Las Maravillas y Concolón es un punto estratégico: “Van pasando los taxistas o el barrenadero en la noche buscando comida y me preguntan -¿qué tienes por ahí? ¿qué te quedó?-. Yo les respondo: patacón con queso y me dicen -dámelo que la cuestión es de hambre-”.

Agrega que “la mayoría de mis clientes son mis vecinos, allá en el Callejón Ancho. Vienen bastante pidiendo costilla y la cascarita de cerdo con patacón”.

Su buena fama trasciende fronteras: “Uff, aquí llega bastante turista. Y empiezan a preguntar -¿Eso qué es?- y yo le hago señas (suena las manos como si aplastara el plátano) y digo patacón y dicen -¡ooooohhh chévere!-. Le damos un patacón; coje y prueba. Cuando ven la costillita preguntan -¿Eso qué es?- Les respondo que son costillas de cerdo -¡Oooooohhl!-”.

A un par de cuadras está **DORATILA HOYOS**, de 57 años, sentada en la terraza de la casa de sus papás, en la calle del Pozo. Se levanta y se dirige a su casa en el callejón Angosto. Aunque ya no sale a vender sus fritos es quien los prepara desde hace ocho años.

“Yo comencé a venderlos porque no tenía nada que hacer y necesitaba un sustento para mi familia. Una amiga me dijo que vendiera fritos, que a la gente en Getsemaní le gustaban” dice mientras se acomoda en la silla.

“Empecé vendiendo en la Plaza de la Trinidad; primero los elaboraba en mi casa y luego allá los exhibía y vendía. Comencé con carimañola, arepa con huevo, patacones y empanaditas de maíz”.

Hoy sigue vendiéndolos allí, debajo del arbolito. En ‘Fritos La Trinidad’ propios y turistas pueden comer más que los cuatro productos originales. Por ejemplo, papa rellena y empanadas de trigo, acompañados de buenas salsas y picantes. “Más que todo se vende la empanadita de harina de trigo. Antes se vendía mucho lo tradicional”.

“A mi la transformación del barrio no me ha afectado. Por lo contrario me ha beneficiado porque como viene tanto turista le compran más a uno que las mismas personas del barrio. Los principales compradores son los extranjeros”, dice.

Ella comparte algunos secretos para prepararlos:

“Por ejemplo, la yuca para la carimañola no puede ser muy harinosa. Tiene que estar entre harinosa y dura para que puedan salir bien, de lo contrario, se dañan”. Enfatiza que “para la arepa con huevo el maíz tiene que ser fresco para que no cambie la arepa”.

Sus fritos son tan buenos que a veces superan la expectativa del cliente. “En una ocasión uno devolvió la empanada de queso porque tenía mucho queso, no le gustó que tuviera tanto”. Se ríe de nuevo y cuestiona en voz alta: ¿Por mucho queso? 🍌

NERIS ARIZA MIRANDA

Celular: 3014837056.

Puesto de venta: Esquina de la calle de las Maravillas con calle Concolón.

Horario: Lunes a sábado de 3:00 p.m. a 9:00 p.m.

DORATILA HOYOS (FRITOS LA TRINIDAD)

Telefonos: 6468783 - 3226225410.

Puesto de venta: Plaza de la Trinidad, debajo del arbolito - Domingo a Domingo.

Horario: 7:00 a.m. - 12:00 m y 2:00 p.m. a 12:00 m.



CALLE SAN JUAN

La calle de San Juan Evangelista es una de las pocas que aún mantiene su nombre colonial. A principios del siglo pasado hacían una romería que iba de casa en casa y en una de ellas el párroco de la Trinidad hacía una misa. Mide 187 metros, una de las calles internas más largas del barrio. Cuando la pavimentaron, hacía 1967, encontraron muchas piezas como armas y balines en los trabajos de excavación.

Allí existió una burrera, en el pasaje Luján, donde la gente dejaba sus animales mientras vendía sus productos en el viejo mercado de Getsemaní, con el que esta calle tenía una relación vital: gente que vendía en las colmenas como María Iriarte o Guillermo de la Hoz; como José Arias, el que hacía su espectacular chorizo de carnes de chivo y cerdo para vender en el mercado; también hubo prestamistas y cocineras que trabajaron allá.

En el pasaje Luján vivieron los García; Los Morelos, de donde salió Carmen, partera legendaria y Los Pérez, la familia de Lucho, el compositor.

En la calle vivían antes veintitún familias raizales y hoy quedan seis. El origen de muchas fue la provincia bolívarense, pero también estaban los Bethar, los Foliaco y los Coquel, de origen francés: los Mojana, de descendencia árabe y que tenían sus negocios de colchones, ferreterías y muebles en la Calle Larga; los Vargas, que fundaron la clínica que lleva su apellido. Como ellos, muchos profesionales, hijos de esa calle y de la intensa vida comercial de aquella época.

Fue calle de grandes cocineras como Nicolasa Altahona, de Soplaviento, y Fidela Jinete, de Calamar, quien se ganó más de una vez la lotería y desde los quince años ayudó a sacar adelante a sus hermanos, primero como prestamista en el mercado y luego como comerciante. Con ellas, Catalina Cabezas, también de Soplaviento y esposa del químico Ventura Julio, de la Jabonería Lemaitre, quienes adoptaron muchachos al no poder tener hijos propios. Y en los dulces, la familia Noriega Altahona.

Fue la calle de Samir Bethar, el conocido bandido que ayudaba a sus vecinos y que pagaba la medicina de los niños enfermos. La calle de Lucho Pérez, el autor de El Getsemanisense -con doble s- quien siendo ya artista reconocido se sentaba desde las cinco de la mañana en el pretil de su casa con un termo de café para ver y escuchar a los vecinos de la calle que pasaba. Para inspirarse, decía.

También, la calle del dentista empírico José Villegas, de Medellín, quien preparaba su propio analgésico y además era culebrero. Las serpientes se le escapaban de su patio y se pasaban a los vecinos, que pasaban sustos, pero nunca mordieron a nadie.

Era la calle a donde daba el patio de la casa del almirante José Prudencio Padilla, el héroe en la segunda expulsión de los españoles, en 1821. Mucha, mucha historia en esos 187 metros de puro barrio, que aquí no se alcanza a contar toda y a todos.



Money Change Getsemaní
Tel: 313 620 7407
Lunes a domingo
10 am - 9 pm

Di Silvio Trattoria
(sede original)

Familia Montero. Músicos de tradición de la Armada, tocaban en las retretas del parque Centenario.

Familia Miranda Carbonel. El "Chilo" Miranda, su escuela de fútbol, el equipo de béisbol, los uniformes que les fabricaba a los muchachos, de los que era maestro y ejemplo

Hotel Leyendas del Mar
Tel: 305 372 5874
Todos los días
24 hrs

Familia Bethar

Galería Arte Getsemaní
Tel: 319 512 9890
Lunes a domingo
8 am - 8 pm

Casa de huéspedes
Casa del Toro
Tel: 644 5096
Todos los días
8 am - 5 pm

Familia De Aguas. **Cinco generaciones y más de un siglo en el barrio.** Vivieron arrendados, hasta que le compraron al dueño hindú en 1967.

Primero, la familia Solano y después la familia Iriarte

Petrona Cabeza.
Cocinera.

Primero, la familia De la Hoz, hoy Judith Venecia.

Familia Noriega Altahona. la de los dulces de Semana Santa. Josefina Diaz, la Siete Lenguas. Tuvo tres hijos, que fueron a la Marina.

Hostal Life is good
Tel: 668 6334
310 710 3278
Todos los días
24 hrs.

Isabel Rodriguez Char.

Aquí Lucho Pérez se sentaba en el pretil de madrugada.

Aquí nació Humberto "Papi Vargas", selección Colombia de beisbol en 1960.

Hoy Café del Mural
Tel: 679 8193
321 288 9323
Lunes a sábados
3 pm - 8 pm

Familia Valdelamar Meza, la de Jorge Valdelamar, coautor del libro *Getsemaní, oralidad en atrios y pretils* (2005).

Fidela Jinete Merino. Compró la casa por 65 pesos.

Familia Villegas, dentista empírico.

Ahora es el hostal Santo Domingo Vidal.
Tel: 679 4988 - 317 853 0839
Todos los días
24 hrs.

Familia Mar, de la carpintería Los Mares.

Elida Guerrero, tía de Nilda Meléndez, reina vitalicia del Cabildo.

José Arias: los chorizos de chivo y cerdo. Después Alfonso Fuentes, apoderado del campeón Rodrigo "Rocky" Valdéz.

Familia De la Barrera. A Jairo Martínez de la Barrera nadie le ganaba como peleador callejero y también fue un excelente pelotero.

Familia Foliaco. Después, Jaime Jiménez.

Familia Coquel.

Ahora Arrabal Gastro Bar
Tel: 641 2227 - 315 666 0243
Martes-jueves: 12 m-11 pm
Viernes, sábado: 12 m-12 pm
Domingo: 12 m-3 pm

Familia Mojana.

Santiago "Sancapa" Caballero, Después, la familia Torres Guzmán.

Pared lateral de antigua Jabonería Lemaitre, convertida en un mural urbano pintado por distintos artistas. Antes fue el Pasaje Luján, donde quedaba la burrera.

Antes, la familia Vargas y sede del sindicato de la Jabonería Lemaitre. Ahora, Di Silvio Trattoria.



LA CARTAGENA DE GASTÓN LELARGE

Gastón Lelarge imaginó una Cartagena que tuviera edificaciones convertidas en los hitos visuales y de arquitectura que no tenía la Cartagena de hace un siglo. Imaginó un bulevar rodeado de un edificio para la Gobernación, otro para la Alcaldía, uno más para un Exposición Permanente, un palacio los Correos. Los diseñó todos minuciosamente. Pero ninguno de ellos fue construido al final.

Se diría que fracasó en su empeño, pero no. Le legó a la ciudad parte de su perfil inconfundible: la cúpula amarilla de la Iglesia San Pedro Claver; la cúpula florentina y la remodelación de la Catedral; el Club Cartagena, que está siendo reconstruido y pronto recuperará su esplendor; el hotel Monterrey a unos pasos, que en su tiempo fue la casa de la familia Obregón; el edificio Yabrudy, en donde hoy funciona el bar Alquímico y la casa Lecompte en la calle del Cuartel.

Llegó a Cartagena después de unos treinta años de grandes obras en Bogotá, pero también de cuentas que no le pagaban, de una persecución política y de la reciente muerte de su suegro. Era diciembre de 1920 y aquí viviría hasta su muerte.

“El arribo de Gastón Lelarge a Cartagena no obedeció únicamente a una alternativa para aliviar sus quebrantos de salud, pues esta ciudad costera le ofrecía un panorama halagador, ya que desde 1917 continuamente le hicieron invitaciones para adelantar allí la ejecución de múltiples proyectos y obras”, señala el recién publicado libro *Gastón Lelarge, Itinerario de su obra en Colombia*.

“Cartagena me parece de hecho infinitamente más hospitalaria para los extranjeros que la terrible Bogotá, donde la xenofobia es espantosa”, escribió Lelarge, según un artículo especializado.

“El señor Lelarge sabía lo que traía entre manos, y se empeñó en aclimatar en Cartagena edificios de prosapia francesa, como sentía él aquellas reminiscencias de su añorada patria (...) Era cultísimo, pero de temperamento terco y caprichoso. Se le metió entre ceja y ceja que la corona del escudo colonial de Cartagena debía ser mural, como la de París, por haber estado ambas ciudades rodeadas de murallas. Y por su cuenta le modificó la plana al rey Felipe II”, escribió Donaldo Bossa Herazo, el historiador cartagenero, quien también dijo que Lelarge fue “el más notable de los arquitectos que actuó entre nosotros”.

LA MANO PRODIGIOSA

“Lelarge era un magnífico dibujante y acuarelista. Tenía una mano prodigiosa para diseñar. Eso no es posible encontrarlo en muchos arquitectos, ni siquiera de esa época. Dibujaba de memoria y era particularmente artístico. Su trazo era casi como el de David Manzur, de esa calidad. Algo impresionante. Cualquier boceto en un papel para ser construido es increíblemente proporcionado”, dice el arquitecto restaurador Ricardo Sánchez, quien conoce a fondo su obra.

Gabriel Páez, un amigo suyo de cuando vivió en la ciudad dijo: “Lelarge era introvertido, hasta el punto de que en los años que con él compartí en Cartagena llevaba una vida casi solitaria, sin más amistades que las de don Carlos y don Adolfo Lecompte”.

En sus últimos años vivió en el Corralón de Mainero, que quedaba en el actual sector de El Espinal, cerca del Castillo de San Felipe. Esa construcción tenía unos 120 apartamentos, de ochenta metros cuadrados, con cocina, baño y luz eléctrica, que entonces no era común. Vivía en uno de ellos y en el otro estaba su estudio y su archivo repleto de documentos, planos y bocetos. Un incendio parcial del edificio hizo que la mayor parte de aquello se perdiera para siempre.

Gastón Lelarge

FUENTE
Gastón Lelarge. Itinerario de su obra en Colombia. Alberto Escovar, Hugo Delgadillo, Marcela Cuéllar y **Rodolfo Ulloa, coautor del capítulo sobre Cartagena**, junto con Escovar. Bogotá, 2018. Alcaldía Mayor de Bogotá.



ALTAR MAYOR DE LA IGLESIA DE SANTO DOMINGO
Plaza de Santo Domingo. Centro. Diseñó y construyó el actual altar mayor, como lo hizo en Bogotá en un templo dominico.

INTERVENCIÓN DE LA CATEDRAL
Diseñó la actual cúpula y campanario, que en su momento fueron muy criticados. Remodeló la fachada completa, que luego fue demolida.

INTERVENCIÓN EN EL CLAUSTRO DE SANTA CLARA
Actual hotel en San Diego. Lelarge hizo una serie de intervenciones por el flanco de la calle del Cuartel y en el convento.

NO CONSTRUÍDOS

PROYECTO PARA EL PALACIO MUNICIPAL DE CARTAGENA
La Matuna, entre los desaparecidos baluartes de San Pedro Apóstol y San Pablo.

PROYECTO PARA LA GOBERNACIÓN DE BOLÍVAR
La Matuna, entre los baluartes de Chambacú y San Pedro Martir. Sí remodeló y amplió la Gobernación de ese entonces.

PROYECTO PARA EL PALACIO DE LA EXPOSICIÓN NACIONAL PERMANENTE
Parque del Centenario. La Asamblea Departamental le encargó el diseño y destinó 50.000 pesos para su construcción, que no se hizo.

MONUMENTO A FRANCISCO DE PAULA SANTANDER
Frente al Castillo de San Felipe, como parte de un parque en el Pie de la Popa, para “emular el de Manga”, según un editorialista de entonces.

DEMOLIDO

PUENTE ROMÁN
En la misma posición que el actual, conectando con Manga, de perfil bastante más bajo. Fue reemplazado para permitir el paso de embarcaciones.

ESCUELA PÚBLICA (PIE DE LA POPA)
Calle 30 con carrera 22, esquina. Lelarge diseñó dos prototipos de escuelas públicas. Se construyó solamente ésta, hoy en pie.



‘TEJIENDO CALLE’

en el Callejón Angosto

¿Qué tal mostrar de otra manera, más digna y altiva, a las vendedoras ambulantes de fruta o de chance del Caribe colombiano, profundizar en su vida y en las huellas de ese trasiego de décadas bajo el sol? Ruby Rumié, la artista cartagenera que desde 1994 tiene su taller en el Callejón Angosto, lo intentó. El resultado es un magnífico libro recién impreso que resume su trabajo con cincuenta mujeres maravillosas, dos de ellas getsemanicenses.

“La médula de este trabajo es dignificar y visibilizar de otra manera a estas cincuenta mujeres. Ellas nos muestran una situación cotidiana que de tanto verla ya no la vemos”, nos dice Ruby en su estudio.

“El giro fue sacarlas del contexto de esas postales turísticas en que metimos a las vendedoras ambulantes. **Al final las hemos disfrazado tanto de ellas mismas que han perdido su identidad.** La idea es cómo rescatarlas de ese folclorismo para verlas como los seres humanos más complejos que son”.

En Tejiendo Calle, Ruby intentó diversos modos para mostrar en todo su valor la vida y el trabajo de estas mujeres: las fotografió una a una en un estudio; organizó una ceremonia de lavado de pies en las mismas palanganas que siempre cargan en la cabeza; dibujó mapas con el recorrido cotidiano de cada una de ellas; diseñó e imprimió el libro.

Para las fotografías tomó una decisión radical: nada de calles, ni elementos de lo que venden y mucho menos la habitual foto de palenquera. Se decidió por fotos de estudio, una por una, en condiciones casi idénticas, con ropas blancas inmaculadas, mirando de frente. El resultado es hermoso, inquietante e invita a la reflexión: cada una de ellas refleja su interioridad y sus rasgos propios, pero vistas en conjunto parecen una sola. Acaso una metáfora de nuestras mujeres caribe.

“Fotografiarlas mirando de frente a la cámara, como mirando al espectador, era otro reto. Sonreían muy poco o casi nada. Frente a la cámara eran mujeres contestatarias y fuertes. Generalmente fueron ellas quienes me dieron la pauta a seguir; fueron ellas quienes se impusieron”.

En otra serie los pies pasan al primer plano: “Trabajar a la intemperie, bajo lluvia y sol, a pie. Decidí que se le hiciera un gesto simbólico a esa parte del cuerpo que durante muchos años utilizaron: un lavatorio de pies en las mismas palanganas que han cargado tantos años”.

PRENDE LA VELA

Dos mujeres getsemanicenses participaron. Una fue Antonia María Urueta (en la foto). La otra, Isabel Guerrero Escudero, a la que llamaban Prende la vela.

“La quise mucho. Le decían Prende la Vela por la canción. Como agradecimiento a cada una le regalé una foto firmada. Cuando muere Prende la Vela, le sacan esa foto para el velorio, para ponerla encima del ataúd. Al día siguiente me llama la hija llorando: -doña Ruby, no sabe qué me pasó, ¿se nos quemó la foto!- Y le digo entre risas: -Ay, eso es una maldad de Prende La Vela. Mira, la llamaban así y le pasa eso en el velorio. Ella no paraba de hablar, era la mujer más sociable que he conocido”.



ANTONIA MARÍA URUETA RODRIGUEZ:

Tengo 85 años y nací en la Calle Lomba del barrio de Getsemaní. Solo tengo dos hijos: una hembra y un varón. Yo era sastre y trabajé haciendo pantalones en la fábrica Ganem de ropa masculina. Me retiré cuando la fábrica cerró y ahí me puse a vender lotería por las calles. Tenía varios puestos. Ya no trabajo y vivo con mi única hija que vende “chance” o lotería en diferentes puestos en las calles de Cartagena.

LANZAMIENTO

Tejiendo Calle será presentado el **22 de noviembre** a las 6:00 pm. en la **galería NH**. Callejón de los Estribos con Calle de la Artillería.

Más información: nhgaleria@gmail.com. 664 05 61.

¡MEMORIA DE LA MAGIA!

Roberto Burgos Cantor y el mercado de Getsemaní

POR: JOHN JAIRO JUNIELES

Si tienes la suerte de haber vivido en Getsemaní, luego el barrio te acompañará a donde vayas por el resto de tu vida, porque Getsemaní, es una fiesta que nos sigue.

Esa declaración de amor, que también proclamó Hemingway sobre París, y a la que cantó Kavafis a Alejandría en su poema *La ciudad*, comparte el mismo espíritu que alimenta el alma barrial de la obra de Roberto Burgos Cantor. Toda experiencia humana real y transformadora trasciende el tiempo, muchas veces sin que seamos conscientes; es un latido allá abajo que nos acompaña, disfrazado de muchas formas.

Así como un médium busca materializar espíritus, el mago Burgos en muchos pasajes de su obra mezcla pasajes líricos con alegres y espontáneos apuntes sobre Getsemaní, como éste en el que conjura al desaparecido mercado de la bahía que funcionó hasta 1978:

“Un hilo secreto preserva y acumula la memoria de su magia. Basta dejar ir los pasos al albedrío del acaso y entonces todo regresa por un instante. El suficiente para vivirlo. Donde estuvo el mercado de aves y carne de monte, de granos y hortalizas, uno de los más abigarrados del caribe y que fue erradicado con las ferreterías y depósitos de cocos, y ahora se levanta la mole fría y de fastuosidad de cartón del Centro de Convenciones, allí, hay que esperar el milagro. Sucede apenas se inicia la sombra del alcastraz y la gaviota, al término de la tarde, con los destellos del faro de la bahía enviándoles guiños a las sirenas viudas.

La brisa trae a la orilla el crujido de las embarcaciones de vientos atraídos. Nada queda de los restos de la gritería y la súplica que llena el espacio de los pequeños negocios. En los tenderetes de los vendedores de comida disponen las mesas con manteles de hule de colores. Encienden los fogones de carbón vegetal y los mechones y lámparas de queroseno. Es tenue el aroma de la guartinaja guisada de piel dorada y el arroz de coco y el arroz de cangrejo y el arroz de langosta y las postas de sábal.

Al alba no faltará jamás la punzada de la nostalgia, el deseo de quedarse en ese escenario, pero nada perdura y el ruido ahogado del motor anuncia al camión de la basura y en su sitio reciente la piedra de Turbaco del inexorable y plano Centro de Convenciones.”

Este pasaje, que hace parte de la crónica *Cartagena, boceto de amor encabronado*¹, es un breve recordatorio de cómo el ancestral laberinto del mercado a orillas de la bahía, cruce de trabajos, fiestas y resacas, de industrias, carnavales y lamentos; sobrevive por las artes de la memoria sentimental al paso del tiempo. La modernidad y el desarrollo, que



I N M E M O R I A M

Roberto Burgos Cantor. Nació en Cartagena en 1948 y murió el 16 de octubre pasado. A su muerte era el narrador más representativo de la ciudad, a la que contó de una u otra manera en casi toda su obra. Desde su primer libro de cuentos *Lo Amador* (1980), hasta su última novela *Ver lo que veo* (2017), por la que le fue concedido el Premio Nacional de Novela en 2018, otorgado por el Ministerio de Cultura.

muchos dicen inevitable, también pudo ser más humana, y hoy todavía podría reconocer, de alguna manera, la importancia simbólica de esa esquina nostálgica que fue el mercado de Getsemaní.

Y así, a la manera de Konstantinos Kavafis, el barrio nos sigue a donde vayamos, como una sombra, como abejas a la miel: “Nuevos lugares no hallarás, no hallarás otros mares. La ciudad te seguirá”.

John Jairo Junieles es escritor, periodista y abogado. Nacido en Sincé, Sucre (1970), a los siete años llegó a Getsemaní, vivió con su familia en el edificio Puerta del Sol, y luego en la Calle del Carretero. Vive en Bogotá. En 2019 publicará *El hombre que hablaba de Marlon Brando*, una novela sobre sobre los seis meses que Brando estuvo en Cartagena, en 1968, mientras filmaba *La Quemada*. Su libro más reciente es la antología de cuentos: *Fotos de cosas que ya no están* (Collage Editores, 2015).

¹ *Cartagena, boceto de amor encabronado*, publicada en revista *Gaceta*, Bogotá, 1989.

UN LIBRO NECESARIO

Florencio Ferrer y Martín Alfonso Morillo se dieron a la tarea fundamental de “documentar y describir algunos de los aspectos que identifican al barrio Getsemaní, en un intento por rescatar y conservar este valioso patrimonio inmaterial y material de Cartagena”.

En la primera parte del libro recorren el origen mítico del barrio, comenzando por la isla con forma de tortuga sobre la que se edificó. La segunda hace una relación precisa del origen de los nombres de cada una de sus calles, callejones y avenidas. La tercera recopila las principales cifras de un juicioso censo social y económico del barrio.

Tenemos 15 ejemplares para vecinos de Getsemaní. Se los llevaremos a sus casas a quienes así lo soliciten a elgetsemanicense@gmail.com





Uno le pregunta a Jesús, el fundidor de la avenida El Pedregal que cuántas generaciones de su familia recuerda que sean raizales de Getsemaní. Se detiene y mira al piso de tierra, por el que asoman algunas colillas de cigarrillo. Cuenta sus generaciones en el barrio marcando cada número con los labios: una, dos, tres, cuatro, cinco, seis y... ¡siete!

Es cerca del mediodía en su taller. Aquí y allá, desvencijadas herramientas y trastos de su oficio. Uno no sabe si el taller está medio destapado o medio cubierto, con esas tejas aquí y allá, como quien se va quedando calvo a parches. No hay dónde sentarse y Jesús arrima un balde al que le da la vuelta. Ya tenemos un asiento. Él mismo toma un pequeño banco y comenzamos a conversar. Enciende un cigarrillo más. Es delgado. Tiene la piel curtida, las manos gruesas de tanto trabajar los metales. Hoy está pulcramente vestido y lo estará también otra tarde en que vendremos a hacerle unas tomas a su taller: una herencia de otros tiempos, cuando Getsemaní bullía de artesanos especializados. El suyo parece ser el último taller de fundición en el barrio.

LA FAMILIA

“Mi papá empezó con un amigo en este arte. Después lo cogimos mi hermano Guillermo y yo. Comencé a los once años, mientras estudiaba y después que dejé el colegio seguí trabajando en esto”. “El taller familiar tiene más de cincuenta años; primero estaba en el patio de la casa, en la Calle Lomba; de ahí nos trasladamos a la calle Primera de la Magdalena; de ahí otra vez a la calle Lomba; y ahora aquí en el Pedregal, donde llevo 18 años arrendado, quien sabe hasta cuándo. Mi papá murió y nosotros seguimos. Él sólo llegó hasta la calle Lomba, aquí no llegó. Unos primos míos tienen su taller en el Espinal, por los lados del Castillo de San Felipe”. “Tengos dos hijas que son graduadas y profesionales. Si hubiera tenido un hijo varón no aceptaba que trabajara en esta vaina, porque esto maltrata mucho. Vas a derretir el material, a acercarte a él y te pega la llama en la cara. Yo tengo que operarme los ojos. Además, este trabajo se vuelve una vaina rutinaria”.

EL TRABAJO

“Yo trabajo sobre bronce, aluminio, y otros materiales. Cuando empiezo a fundir los otros metales ya te digo, eso bota unas chispa que nojoda, me he quemado los pies, solo los pies más ná, afortunadamente”. “A cualquiera que yo le haga un trabajo a la fija regresa. He recibido venezolanos, canadienses, gringos, españoles. Llegan directo del Centro para acá... preguntando. Cualquier trabajo de los que he entregado me gusta. Es la misma vaina. No te puedo especificar nada, porque se hace cómo se hace. Me quedo con la satisfacción del dueño. Nunca me han devuelto un trabajo gracias a Dios”. “Hubo una restauración en el Centro y me pagaron el trabajo adelantado. Tuve que trabajar completo el mes de noviembre. A las Fiestas no les paré bolas y trabajé. Hice cosas de puertas, cerrojos, tocadores y partes internas en bronce”. “Cerca de la Escuela Taller hay un tocador que es un pescado mitológico realizado por mí. Ese no lo quisieron en bronce sino en aluminio, pero ahí va el gusto del cliente. A unos veinte metros de aquí hay unas casas que restauraron con tocadores hechos por mí: un pez mitológico, una iguana, una cabeza de león y los botones. También frente a la iglesia de la Trinidad hay otra con unos tocadores que hice yo”. “Al Museo Naval le hice unos cañoncitos pequeños. Ellos trajeron el molde y les hice como cincuenta que tienen exhibidos allá. También me llegan trabajos para hoteles a cada rato”.



JESÚS ACEVEDO: UN OFICIO DE OTROS TIEMPOS

PLATA SÍ, PERO NO TANTA

“Mi hermano le hizo un trabajo a un gringo y al momento de cobrarle le pidió la cifra total. La persona pensó que ese era el valor de cada pieza y comenzó a pagar ese precio por unidad. Mi hermano le dijo: ¡No, no, no. Todo eso no! El tipo insistió, pero mi hermano le dijo que no”. “Otro día le dieron un cheque. Él tenía que recibir unos dos millones, pero se lo hicieron por más de tres. Ahí mismo lo devolvió y dijo: esto vale esto y no esto, usted me está dando de más”. “Por mi parte, he hecho muchas vainas. Por ejemplo: un señor vino con una escultura fracturada en los pies para que le reconstruyera esa parte y lo hice. Miró la escultura y al momento de pagarme me dio tres veces el valor. Yo le dije: -aguante, aguante-. Me dijo: -No, no. Eso se lo regalo yo-”.

LA ESCULTURA: UN VICIO SECRETO

“También le jalo a la escultura, esta mano la esculpí yo. Tengo que soldarla en algunas partes y colocarle una base, una cadena y una bola. Esto es prácticamente un símbolo de la esclavitud. Si tu miras esa mano ahí está implorando, pidiendo algo. Se me metió en la mente hacerla así. Me la han querido comprar pero después de que la arregle pienso dejarla como un legado para mi hija. Está destinada para ella”.



GETSEMANÍ, MI BARRIO

“Yo soy nativo de Getsemaní, pero ahora estoy viviendo en el barrio El Socorro con mi hija mayor. Me mudé hace 13 años. En Getsemaní vive solo una hermana en la calle del Pozo. Estuve viviendo en la calle Lomba. Pero mi hija se mudó y yo decidí irme con ella. Sin embargo, vengo todos los días. Cojo mi bus y llego. Al comienzo era un problema. Yo no estaba acostumbrado andar en transporte público y me bajaba antes de la parada o después. Tenía que estar pendiente, si me pasaba ¡me tiraba, nojoda! ¡Como no era costumbre andar en bus!”. “Aquí en Getsemaní teníamos todo a la mano: mercado, hospital, teatro. Todo. Hasta el trago: una señora conocida mía, vendía licor. Una madrugada le toqué la puerta, le pedí dos botellas de ron y me las entregó. Se las pagué después”. “La mayoría de los vecinos les están vendiendo las casas a los turistas y se están yendo. Ellos llegan, se enamoran de esas casas y las compran; el dueño la vende cara y compra su casa por otro lado y así les queda plata”. “Si yo tuviera la oportunidad de regresar al barrio, aquí estuviera. Me gustaría comprar una casa y quedarme aquí en Getsemaní, el barrio que me vio nacer”.

ALDABONES O TOCADORES

“Nosotros hacemos el diseño de los moldes, que luego se hacen en tierra; se funde el material que sale líquido. Según tu pongas el molde así sale la pieza”. “La figura más extraña que he hecho es un delfín. Primero lo hice en cera y después en bronce, pero usualmente piden es iguanas, cabezas de león y caballitos de mar. No tienen un significado en particular. Eso va al gusto del cliente”. “Cuando voy por la calle reconozco mi trabajo y sé si lo hice yo, o no. O si tomaron el molde mío. Por ejemplo, aquí hay un escultor que está haciendo una iguana como del tamaño del brazo. Yo nunca las he hecho así”.



LOS OFICIOS DE GETSEMANÍ

Citado de la entrevista realizada por Alberto Abello Vives a Sergio Paolo Solano de las Aguas. Publicado en Cuadernos de Noviembre. Volumen I. 2016

“Aquí, allá, acá y acullá la ciudad estuvo tachonada por talleres de artesanos, sin que pueda afirmarse que el barrio de los talleres era este o aquel. Los censos de artesanos de 1780 (...) tienen la fortuna de especificar las manzanas y las casas en que estuvieron situados”. “En Getsemaní la presencia de sastres, carpinteros y zapateros también era muy significativa, pero sin alcanzar la representatividad de los demás barrios. De 172 artesanos distribuidos en los 32 oficios registrados en el censo de Getsemaní (...) representaban el 38,4%. Sin embargo, la peculiaridad laboral de este barrio era la presencia de los carpinteros de ribera, calafates y herreros, con el 27,3%, lo que estaba en concordancia con la presencia de oficios ligados al Arsenal-Apostadero de la Marina”. “Atando cabos con base en los indicios de archivos es factible conjeturar tres influencias en la dedicación de Pedro Romero a los oficios de herrería, fundición, cerrajería y armería. (...) A la temprana edad de los 9 años los niños se iniciaban en el aprendizaje, usualmente de la mano de familiares mayores”.

JESÚS ACEVEDO

Avenida El Pedregal

Elaboración de aldabones, figuras, letreros
y cualquier pieza a base de fundición.

Celular: 321 770 89 05.

Lunes a sábados de 7:00am a 6:00pm.

¡ÁNGELES SOMOS!

¿Cómo se recupera una tradición?

“**Á**ngeles somos del cielo venimos pidiendo limosna pa’ nosotros mismos” es el canto que más se escucha cada primero de noviembre por los barrios de Cartagena. Sin embargo, el golpe de las ollas y los niños pidiendo yuca, plátano, maíz, ñame, papa, vegetales y carne de puerta en puerta, estuvo a punto de desaparecer.

Rosita Díaz de Paniagua, getsemanicense, socióloga y protectora de los derechos de los niños y niñas en Cartagena, se encontró con una sorpresa al momento de regresar a la ciudad “En 1976, cuando volvimos para radicarnos, me di cuenta que los pelaos ya no salían a buscar Ángeles Somos. Empezamos analizar por qué se estaba perdiendo eso, cuáles eran los cambios que se dieron en la ciudad y analizamos la tradición como tal”.

Comenzó entonces un proceso, que hoy, cuarenta y dos años después, no ha terminado, pero que ha rendido grandes frutos: Nos dimos cuenta que sería muy importante rescatar la tradición para rescatar un nuevo orden o tejido social”.

Rosita no consideró en crear algo nuevo sino en recuperar algo que ya existía. “Tiene que haber elementos en la memoria colectiva que puedan ser activados para que tú puedas hacer un proceso. Lo otro sería inventar una cosa y eso duraría muchos años”.

Una pregunta fue clave para volver a consolidar esta tradición “En 1983, Cartagena cumplió 450 años de fundada y el alcalde de momento, ‘Toño’ Pretelt, se iba a celebrar la independencia y yo le dije: ¿qué representa eso para los niños? ¿Por qué no rescatamos Ángeles Somos?- y ahí todo el mundo empezó hablar de eso, 35 años atrás”.

Desde entonces a la celebración se le han sumado aliados año tras año “yo no he recibido un peso de nadie. Si quieres participar de Ángeles Somos me dices: yo quiero ser el portero el día de Voces y Tambores, o voy a llevar los confites. Puede que el año entrante aparezca un teatrero y diga: quiero llevar un festival. Después se manifiestan los del museo diciendo para hacer un concurso de pintura. Entonces todos los años se consolida a través de la gente que va llegando”.

Y aunque Rosita ha sido fundamental en el rescate de esta tradición, también cada año colegios, juntas de acción comunal, y otras agremiaciones se organizan para que no desaparezca esta costumbre, oficializada en 2007 por el Concejo de Cartagena.

“Muchas cosas hacen que las formas de la tradición vayan cambiando, pero sigue siendo la misma porque en ella hay valores como la solidaridad, la integración, la coordinación el trabajo en equipo, la posibilidad de convivir con el otro. Tú llegas donde está una olla y si quieres sancocho pides y te dan. Son valores propios de la cartagenidad inmersos en esa tradición”.

A pesar de que esta celebración tiene un origen religioso, Rosita nos explica que “se volvió prosaico. El sancocho no entra en la tradición religiosa. Nunca ha habido un ritual desde el punto de vista espiritual para Ángeles Somos”.

“Este año volvimos a Getsemaní, pero no dejamos el resto de actividades que realizamos en toda la ciudad. Unimos a niños del barrio con otros de diferentes zonas de la ciudad en siete calles de Getsemaní y finalizamos en el Parque Centenario”.



LA TRADICIÓN
CONTINÚA

Cerca de 700 niños de Getsemaní y de las tres localidades de Cartagena celebraron Ángeles Somos el pasado 1 de noviembre. **Tras recorrer las calles del barrio, los niños llegaron al Parque Centenario.** Allí se realizaron muestras culturales a cargo de una banda y danza del municipio de Santa Catalina, obras teatrales y la participación del Parlamento de los Niños, donde pidieron que se les sigan protegiendo sus derechos. Oscar Hoyos, estudiante de la Institución Educativa 20 de Julio, resalta que la “**tradición de Ángeles Somos debe seguir porque ahí se rescatan muchos valores y el sentido de pertenencia por la cultura. A los niños que no participan de esta tradición les digo que salgan porque aquí todos compartimos y nos podemos relacionar de una mejor manera.**”



Ahora que han terminado las Fiestas de Noviembre, después del jolgorio y la maicena es bueno sentarse en la mecedora a preguntarse de dónde viene esa celebración, cómo se ha transformado en su dos siglos largos de historia y hacia dónde la vamos a llevar, con Getsemaní siempre en su epicentro.

Empezamos las Fiestas de Noviembre como nuestra primera celebración de nación, en 1812. Un año atrás la Junta de Gobierno de Cartagena, en buena medida por la presión de los Lanceros de Getsemaní, había firmado el acta de Independencia. Creímos que la época española había quedado atrás.

La noche del martes 10 de noviembre de 1812, “sin bando ni disposición particular”, los vecinos pusieron luminarias por voluntad propia. Al día siguiente, el 11, hubo misa solemne con asistencia masiva tanto de autoridades como del pueblo raso. “El vecindario entero se entregó a todo género de regocijos. Máscaras, música, vivas y repetidas salvas” hubo entonces, según consignó la *Gaceta de Cartagena* al día siguiente.

Se trata de “nuestra única y primera fiesta propia en el contexto republicano porque las demás fiestas como las patronales y los carnavales han sido heredadas de la Colonia”, al decir de Edgar Gutiérrez Sierra, el gran estudioso de las fiestas en Cartagena.

Así fue por tres años, hasta 1815 cuando el español Pablo Morillo sitió a Cartagena. Los españoles volverían a salir de Cartagena, ya para siempre, el 10 de octubre de 1821, con el getsemanicense almirante José Padiña como protagonista de ese segundo envío libertario.

SIN PRÓRROGAS

¿Entonces en cuál fecha íbamos a celebrar la Independencia? ¿En la de noviembre o en la de octubre? En 1846 la Cámara provincial zanjó el asunto, oficializando la fecha de noviembre.

Esa ordenanza dispuso además que la celebración duraría “tres días de actos solemnes, discursos conmemorativos, y por las noches bailes públicos”.

Sin prórrogas. Porque hubo épocas, entonces y después, en que los festejos se extendían por uno, dos o hasta tres fines de semana más.

En esos años, las fiestas hubo un cambio fundamental: “de los bailes de gala con pasillos, vales y contradanzas, de la emulación de las fiestas francesas con arcos del triunfo incluido, los discursos sobre la libertad, el concepto de soberanía, los juegos florales y las reinas se pasó, poco a poco, a una celebración en la que la población fue más partícipe que espectadora”, dice Gina Ruz, también gran estudiosa de las fiestas.

La pompa republicana le empezó a dar paso a los cabildos de negros e indígenas, al carnaval. La fiesta ya era otra.

Pero la disputa por las fechas no paró. Siguió la discusión sobre si la Independencia de Colombia se debía celebrar el 20 de julio (el florero de Llorente, en Bogotá) o el 11 de noviembre. Ganó la visión centralista y en 1907 el gobierno de Rafael Reyes declaró que sería el 20 de julio.

CARNAVAL SÍ, MAPALÉ NO

Ya estamos en 1911. Con el centenario de la Independencia hubo un nuevo impulso: esas fiestas duraron diez días, y les ganaron en protagonismo a los carnavales (los había, no solo en Barranquilla) y a las Fiestas de la Virgen de la Candelaria, una nota que se mantendría por las décadas siguientes.

El gran Manuel Zapata Olivella, quien creció en la calle San Antonio, diría después que fue “reencontrarnos con las gaitas y danzas caribe que rememoraban a los valientes caciques Codego, Carex y Currixix, con los tambores africanos de Benkos Biohó y de Pedro Romero anunciando la libertad; y con las rebeldías de los abuelos españoles, los de la gleba”.

En adelante las Fiestas Novembrinas se consolidan en toda la ciudad. “Como fiestas republicanas terminan siendo diferentes, complejas y plurales, propias de ese caos-cosmos del Caribe. (...) Se combinan imaginarios patrióticos republicanos con los imaginarios carnavalescos y toda una gama de visiones sobre la cultura y los reinados de élite”, dice Gutiérrez.

Pero aunque las fiestas se mantenían con su empuje desde los barrios, algunos sectores dirigentes no comulgaban con esas expresiones populares. En 1921 el Concejo prohibió la cumbia y el mapalé (quizás eran la champeta de la época) y en 1928 se celebraba que hubieran prohibido los disfraces del 11 de Noviembre y desaparecido los buscapiés, esos “instrumentos de barbarie”.

DE PROTAGONISTAS A ESPECTADORES

Aunque en las Fiestas Novembrinas los concursos de belleza asomaban desde el siglo XIX, el asunto fue cambiando con la consolidación del Reinado Nacional de la Belleza, que a su vez terminó fortalecido con el triunfo en 1958 de Luz Marina Zuluaga como Miss Universo. Las fiestas empiezan a cambiar. De nuevo.

“Todo un colectivo de artesanos, actores de lo folclórico e imaginarios cívicos, patrióticos y festivos fueron desplazados, reducidos a simples espectadores mudos y lanzados al limbo de los espacios marginales”, señala Gutiérrez. Lo popular le dio paso al espectáculo televisivo.

Pero, de manera paulatina, desde mediados de los años 80, se han dado signos para retomar el sentido original de las fiestas. En ese esfuerzo Getsemaní aportó el renacimiento del Cabildo y el fortalecimiento de la tradición de Ángeles Somos, que se han replicado y fortalecido en otros barrios.

Con sus idas y venidas, la Revitalización de las Fiestas de Independencia -en la que participan muchos actores- ha venido cosechando resultados. Hace falta mucho. La pregunta es cómo Getsemaní va a seguir aportándole a ese proceso, para que haya fiestas al menos dos siglos más.

FUENTE:

En Noviembre llegan las Fiestas de Independencia. Cuadernos de Noviembre. Volumen II. Editor Alberto Abello Vives. Cartagena, 2016



SALIMOS A LA CALLE...

(y también en digital)

La respuesta de los vecinos en las calles leyendo *El Getsemanicense* de la primera a la última página ha sido el mejor regalo tras los meses de preparación, diseño y reportería. “*Getsemaní está de fiesta*”, nos dijo una señora mayor, feliz, en la calle del Guerrero. Otro nos dijo: “*esto lo necesitábamos, pero no lo sabíamos*”.

Uno más, muy entusiasta, por correo electrónico: “*Como cartagenero, residente en mi ciudad natal, me parece bacano que estos productos testimoniales sean frecuentes y cercanos a nuestra gente, y a quienes visitan la ciudad. Destaco, sobre todo, la línea gráfica usada, ¡Les quedó del putas!*”.

Quizás la mejor anécdota sea la de nuestros repartidores, colorados tras el primer día de esfuerzo para hacer llegar los primeros ejemplares casa por casa.

- ¿Están cansados?
- Sí. ¡Cansados pero felices! Si hasta tenemos amigos que quieren venir a repartir *El Getsemanicense* con nosotros.
- Oye, pero eso no lo tenemos presupuestado.
- ¡Es que ni siquiera quieren cobrar!

La primera entrega la hicimos y la haremos siempre a los vecinos raizales, a los que viven en el barrio. Un par de jornadas después a los comercios, hoteles y restaurantes. La tercera, entregas puntuales en plazas y sitios públicos, incluyendo algunos del Centro, para que los turistas se animen a conocer más a fondo nuestro barrio. Espaciadas durante el mes, para permanecer en las manos de la gente hasta la llegada del siguiente número.

Sí algún lector quiere que se lo hagamos llegar a su nombre, todos los meses; o si en un comercio u hotel quieren mantener una provisión regular, solo tienen que escribirnos a nuestro correo.

Esperamos que este segundo número refleje la visión que tenemos de contar y mostrar el barrio, con sus texturas, sus personajes, sus sabores y oficios. Esa es la promesa: un medio de calidad que refleje la espectacular vida propia de Getsemaní, para mantenerla viva y orgullosa.

Y AHORA EN DIGITAL

Con el lanzamiento de la segunda edición en las calles también abriremos nuestro canal digital. www.elgetsemanicense.com

Hemos trabajado para que tenga su propio sello. Mantiene la estética y los contenidos de la versión impresa, pero tendrá su propia vida. Incluso, con el paso del tiempo esperamos que la versión digital tenga secciones propias, además de las mismas del impreso. Lo diseñamos para que sea fácil de leer en los celulares, con una navegación muy fluida. Y quien lo quiera leer y ver en su portátil o escritorio de mesa también lo encontrará funcional y muy rico visualmente.

Allí, en una sección específica se encontrarán los archivos PDF de cada una de las versiones impresas. ¡Para los más memoriosos! ▶

Una iniciativa del PROYECTO SAN FRANCISCO
con la realización del equipo de GUIDOULLOA

DIRECTOR: José Luis Novoa S.
COORDINACIÓN GENERAL: Estefany Gómez Solórzano
DISEÑO: Angélica Neira Hazime
REDACCIÓN: Samuel López López
FOTOGRAFÍA: Jaime Espinosa Monroy
DISTRIBUCIÓN: Alejandra Carrasquilla y voceadores

Escríbannos a: elgetsemanicense@gmail.com

Edición 2. Noviembre de 2018
Impreso en Comunican S.A., Bogotá.

Fe de erratas. Edición 1

El bar de salsa Los Carpinteros está ubicado en el Callejón Ancho, no en el Angosto. Página 12.

La casa Ambrad no fue remodelada por Gastón Lelarge. Página 8.



EDITORIAL

